

da inteligencia sentimental es importante y querer conmover al lector es importante porque los poemas que nos conmueven son los poemas que después nos hacen pensar sobre la realidad, pero un exceso de sentimentalismo se convierte en cursilería y es horroroso. Las dos grandes amenazas de la poesía son la pedantería y la cursilería, y yo intento huir de ellas. Así que me planteé cómo escribir un poema a mi madre sin caer en la cursilería o cómo escribo un poema de reflexión sobre cómo ha sido la evolución democrática desde una sociedad pobre a una sociedad rica sin caer en la pedantería de tener que sermonear a los demás y decirles dónde se equivocan o dónde aciertan y en ese sentido el esfuerzo de meditación, y de contención sí me ha llevado mucho trabajo.

– Y al final ese poema a su madre se convierte en el poema a toda una generación de madres que renunciaban a una vida propia, por vivir entregadas a la familia

– Los poemas a mis padres tienen que ver también con lo de cumplir los cincuenta años. Cuando yo empecé a escribir, al final de los años setenta y los primeros ochenta, como es lógico yo lo que quería era salir corriendo. A mí no me interesaba para nada la cultura franquista ni la imagen de la mujer tradicional que renuncia a su trabajo para quedarse a cuidar hijos. Me parecía un horror la España que representaba mi padre, que era militar oficial de alta graduación yo, lo único que necesitaba era huir, muy consciente de mis diferencias. Ahora, a los cincuenta años, sigo siendo muy consciente de mis diferencias, pero también tengo perspectiva para analizar las semejanzas y para ponerme también en su propia piel. La poesía tiene mucho de eso porque es un género que defiende el matiz, que huye de los titulares, del blanco y del negro, los buenos y los malos... El poeta que se tira una tarde buscando un adjetivo es alguien que quiere tiempo para no pensar en titulares sino en matices. Y de pronto aprendes a ver también que cuando estás mirando lo negro hay de pronto un punto blanco y reconocerlo te enseña mucho. Y a mí me ha pasado, de pronto ponerme en la piel

**«Las dos grandes amenazas de la poesía
son la pedantería y la cursilería,
y yo intento huir de ellas»**

de las mujeres que habían nacido durante la Guerra Civil, que no habían conocido la República en España, que habían sido educadas en un sistema clerical y que no tuvieron más misión que la de tener hijos y sacrificarse por ellos. Nosotros somos seis hermanos y mi madre nos sacó adelante renunciando a su mundo propio, sin pensar que tuviera derecho a hacer un viaje a Francia, porque ella estaba estudiando francés cuando se casó, y lo dejó. Y humanamente, de pronto puedes comprender también cómo de acuerdo a su propia experiencia esa mujer se sacrificó de una manera tremenda y es injusto no reconocérselo ahora, a pesar de que no estaríamos en absoluto dispuestos a defender ese papel ni a admitir que una mujer deje su trabajo al casarse. Con mi padre me ha pasado lo mismo y por eso en el poema soy muy consciente de las diferencias que tenemos, pero también sostengo que el norte y el sur se parecen como dos gotas de agua. Y ahora, ya con tranquilidad, a veces descubro cosas de mi padre, que es una persona conservadora, en mí, que pretendo mantener una moral muy progresista. A veces me veo defendiendo mis argumentos de izquierdas con los mismos gestos y maneras con que mi padre defiende los suyos de derechas. Y a veces me río, porque no es ya simplemente me vea yendo por la casa y pidiéndoles a mis hijos que por favor apaguen la luz cuando salgan de la habitación o que cierren el grifo, ya no sólo así me recuerdo a mi padre sino que comprendo que hay muchas cosas de él que viven en mí aunque yo las utilice para defender una moral de izquierdas como él defendía la suya de derechas. Y esto me ayuda en la relación con mis hijos. Uno de los peligros de la gente que ha defendido una moral determinada y ve que pasa el tiempo y nada tiene que ver su recuerdo con la realidad presente, es convertirse en un cascarrabias y ser el viejo cascarrabias que protesta por todo y se encierra o en el cinismo o en la crítica compulsiva. Así que es importante también mantener la capacidad de ilusión y el esfuerzo por comprender aquello que incluso ya no pertenece a tu tiempo.

«Me veo defendiendo mis argumentos de izquierdas con las mismas maneras con que mi padre defiende los suyos de derechas»

– *Dedica un poema también a su etapa universitaria «en aquella baraja de los días/ se pactaba un desnudo/ igual que un manifiesto» ¿Cómo recuerda hoy, desde su puesto de catedrático, aquellos años de universidad, de luchas e ideales?*

– Es la diferencia de dos países completamente distintos. La universidad entonces no tenía medios ni relación con Europa, era una universidad que venía de la represión y estudiar se convertía en una búsqueda de la libertad absoluta, de la transformación completa de todo, desde la sexualidad hasta la política. Con sus ventajas y sus inconvenientes, la universidad estaba muy politizada, porque la transformación de las costumbres era una tarea política de construcción democrática. Ahora hay muchos más medios, la universidad española está en contacto con Europa, los alumnos están cada vez más preparados, los profesores jóvenes también. Pero el horizonte laboral es mucho más triste, hay mucha más competencia. Hasta el Estado se ha ido plegando a los contratos basura y hay mucha gente perfectamente formada que no tiene la posibilidad de tener un trabajo a largo plazo. La universidad de alguna manera hereda los planes de estudio de los institutos y los colegios que es donde se forma realmente a la gente. En uno y en otro sentido. Desde la moral reaccionaria que intenta adoctrinar católicamente a la gente hasta la moral progresista que ha querido hacer cambios para actuar según las exigencias del mundo en que se vive y en el fondo lo que se ha producido es un plegar la educación de los niños y de los adolescentes a las exigencias del mercado y se ha obligado completamente lo que es la formación de ciudadanos y de personas. Y en la universidad eso se nota también. Cómo la educación atiende cada vez menos a valores y más a la competencia profesional y a pegarse codazos unos a otros. En todas las épocas hay de todo pero hay síntomas que representan la tendencia, y la juventud que a mí me tocó vivir era todavía una juventud muy emparentada con el pasado. Tradicionalmente la juventud ha tenido la tarea de transformar el país, y ahora mucha

«La educación atiende cada vez menos a valores y más a la competencia profesional y a pegarse codazos»

gente identifica a los jóvenes con la gente que vive la noche como una fiesta y no como un lugar de conspiración política para intentar transformar el país. Porque ya España está absolutamente integrada en la realidad europea y los jóvenes españoles pueden ser tan solidarios o tan reaccionarios, tan racistas o tan militantes de una ONG como un francés o un alemán. Y en ese sentido ahora no existen males de España sino situaciones concretas del capitalismo que vivimos en la España contemporánea. Y hay de todo pero ¿tú sabes el esfuerzo que tenemos que hacer la hora de valorar a la juventud? No bajar el listón de la exigencia moral, pero no olvidar que la respuesta moral de ellos pertenece a un tiempo muy distinto a la que la gente de mi generación tuvo, porque tienen sus propias necesidades. Nosotros jugábamos a luchar por la ilusión del futuro en una sociedad pobre y ellos tienen que luchar por no someterse a una prepotencia del lujo que les haga olvidar relacionarse con las causas humanas en una sociedad del bienestar y de la riqueza.

– *Un libro de memorias, tejido con recuerdos es también toda una reflexión sobre el paso del tiempo. Hay en el libro muchos versos en ese sentido: «Envejecer es una forma de buscar trabajo/en un difícil melodrama» o «Lo peor no es perder la memoria/ sino que mi pasado no se acuerde de mí». ¿Cómo afronta el paso del tiempo?*

– Lo llevo bien, pero muy consciente de que hacen falta cuidados, en todos los aspectos de la vida, no sólo en los físicos, sino también en los más espirituales o culturales. Del mismo modo que cuando uno va cumpliendo años comprende que para estar a la mañana siguiente despejado conviene dormir un poco y no beber mucho la noche anterior y si yo quiero dar una buena clase ya no puedo beber como bebía antes, también me gusta cuidarme en otros terrenos. Y es muy importante para un escritor mantener vivo el adolescente que uno fue y que se sintió deslumbrado con un libro en las manos. Para no convertirse en un cascarrabias de la

«No existen males de España sino situaciones concretas del capitalismo que vivimos en la España contemporánea»